CAPITULO 5º

Doctrina de la incorporación del hombre en el Sagrado Corazón de Jesús.

No podemos negar que aunque la Cruz es inevitable y necesaria, sin embargo, es dura á nuestra naturaleza corrompida por el pecado, y que el sufrir siempre viene cuesta arriba á nuestro amor propio.

Para que con menor dificultad nos abracemos con la Cruz, y hasta la busquemos y nos gocemos en ella, vamos á explicar más extensamente una doctrina muy consoladora para el pobre corazón humano que, desterrado en este valle de lágrimas, no tiene otro patrimonio sino el dolor.

Podemos considerar los bienes que resultan del dolor, los frutos que provienen al alma que sabe sufrir, la gloria que se le da á Dios nuestro Señor sufriendo. Para lo cual reflexionemos en las siguientes ideas:

***

¿Cómo se incorpora el hombre en el Sagrado Corazón de Jesús?

Del Costado sagrado de Cristo muerto en la Cruz y abierto por la lanza, manó sangre y agua, que es una fuente de gracia que salta hasta la vida eterna. El agua representa el Bautismo, por el cual *somos regenerados en Cristo é incorporados en Él.* ¡Cuán bella y consoladora es para el cristiano la consideración de esta nueva vida, de esta nueva y sobrenatural incorporación en Cristo; pero como brotando esta vida sobrenatural, esta vida en cierto modo divina, esta vida nueva é incorporación *del mismo Sagrado Corazón de Jesús!*

Sublime y elevada es nuestra incorporación en Cristo; pero fué muy conveniente que *saliese* del *Corazón de Jesús*, porque siendo este Corazón Divino aquel Corazón en donde reside toda la plenitud del *amor*, así como la plenitud del *dolor*, justo era que, costando nosotros tantos dolores *á* Cristo, de su Costado herido de dolor *saliésemos* á nueva vida y nos incorporásemos en Él, para que con toda verdad pudiésemos decir que *somos hijos de los dolores del Sagrado Corazón de Jesús.*

***

¿Cuál es la excelencia del hombre incorporado en el Sagrado Corazón de Jesús?

Una vez incorporado el cristiano en Cristo, por el Bautismo, queda unido en Él con una unión espiritual, real é íntima; se hace miembro de Cristo, participante de los méritos del mismo; en una palabra, queda como deificado por Jesucristo en Jesucristo. Por esta especie de deificación se imprime en el alma un sello de semejanza con Cristo, un carácter indeleble; se le comunica interiormente el ser de *hijo adoptivo*, por el cual dice á Dios con toda verdad: "*Padre.*" Así, pues, por el Bautismo y Eucaristía se infiltra en su ser la Sangre del Corazón de Cristo, en quien y por quien es adoptado; "se hace del linaje de Dios,"[1] tiene una filiación adoptiva, pero real y verdadera; porque "*es hecho hijo de Dios, es nacido de Dios,*[2] *es hermano del mismo Cristo,*[3] *es hecho heredero del Padre común, con pleno derecho de heredar, y coheredero en Cristo;*[4] *si somos hijos, también herederos, herederos verdaderamente de Dios* y *coherederos con Cristo.*" Por lo tanto, formamos en Jesucristo un solo cuerpo, del que *Él* es la *Cabeza* y nosotros el *cuerpo*, los *miembros*,[5] unidos en Él, con Él y por Él.

¡Hermosa doctrina de nuestra incorporación en el amable Corazón de Jesús. De donde resulta que por sola su infinita bondad y misericordia, de enemigos de Dios é hijos de ira, por naturaleza, que antes éramos, muertos por el pecado y destinados al infierno, nos ha hecho amigos suyos, "no nos ha dejado caer en el infierno,"[6] antes bien, en vez de castigos merecidos, nos ha sublimado á la grandeza *de ser hijos de los dolores de su Corazón*, y finalmente, nos ha concedido tantos privilegios!

***

¿Cuál es la elevación de los *dolores* del hombre incorporado en Cristo?

Incorporados en el Sagrado Corazón de Jesús, to-

1 Act., XVII.=2 S. Jo., I, 12, 13.=3 Heb., 11.=4 Ad. Rom., VIII, 17. =5 1 ad Cor., XIII.=6 S. Ignacio en la meditación del infierno.

das nuestras acciones hechas por Él, todos nuestros dolores sufridos por Él, son *elevados* á un estado *sobrenatural*, como divinizados, pudiendo con esta aptitud ó facultad sobrenatural obrar, con el auxilio de la gracia, libre y sobrenaturalmente; y por lo mismo, hacer acciones que pueden llamarse *acciones* de *Cristo* y sufrir dolores que son *dolores de Cristo.*

Doctrina es ésta que enseñaba el Apóstol San Pablo á los primeros cristianos, llamando á los trabajos que pasaba "*padecimientos de Cristo.*" Así escribía á los de Corinto: "Así como abundan en nosotros los padecimientos de Cristo, así también por Cristo abunda nuestro consuelo;"[1] aspirando solamente á "la participación y compañía de sus padecimientos."[2] Esta era también la enseñanza de San Pedro: "Gozaos, dice á los recién convertidos á la fe, en la comunicación de los padecimientos de Cristo, para que os podais alegrar y regocijar en el día de la manifestación de su gloria."[3] ¡Cuán elevados, pues, son los dolores del cristiano! Si se exprimieran, permítasenos esta expresión, gotas de Sangre del Corazón del Hijo de Dios, brotarían de sus dolores!

* * *

¿Cuáles son las riquezas del dolor en el hombre, que está incorporado en el Sagrado Corazón de Jesús?

1ª Alta y sublime es la Cruz en sí, y grande la atracción que tiene respecto de nosotros, si se considera cuán *agradable* es la Cruz al Eterno Padre; porque

1 2 Cor., 1, 5.=2 Phil., 111, 10.=3 Pet., 2, 13.

lo que más le atrae y lo que desea encontrar en los miembros de Cristo, es la imagen viva y real de su vida doliente, amorosa y crucificada.

2ª Nos parecerá también muy sublime y rica la Cruz, si se considera también el *amor* y las *complacencias* con que la abrazó el Corazón divino, el cual amó y ama tanto á la Cruz, que, aun glorificado, quiere sufrir por amor á su Padre y por amor nuestro en la persona de sus miembros, complaciéndose en reproducirse en ellos, como en otros tantos Cristos dolientes y crucificados, perpetuando así hasta el fin de los siglos su amorosa y dolorosa Pasión, divinizando al mismo tiempo nuestros sufrimientos.

3ª Rica es, además, la Cruz si se examina la *nobleza* del dolor sufrido por Cristo. Porque, como dice Santa María Magdalena de Pazzis: "El ejercicio de la paciencia es tan *noble*, que el Verbo de Dios, gozando en el seno del Padre todas las delicias y todos los bienes, descendió del cielo y se vistió de la paciencia y dolor que no se hallaba en el cielo. El Verbo era Dios y no podía engañarse."

4ª Fecunda y rica es la Cruz en *gracia* y por consiguiente en gloria. Porque, como explica el P. Nouet, S. J.: "Admirable lazo es el de la gloria, el de la gracia y de la Cruz que el Verbo ha unido en su Persona, en la de su Madre y en la persona de todos los elegidos; de tal suerte, que quitarles uno de estos tres caracteres de su predestinación, es borrarlos del libro de la vida. Si rehusais la Cruz que el Hijo de Dios os presenta, os privais de su gracia, de su amor y perdeis vuestra corona." Por la Cruz se conserva y aumenta la gracia de tal manera, que á medida que uno

sufre, se enriquece de gracias y dones del Espíritu Santo.

5ª Muy preciosa también es la Cruz si se estudia la *vida sobrenatural y divina* que produce en el alma. Porque *una vez levantado* el pecador á nueva vida y vivificado por la gracia de Cristo, la Cruz *va disminuyendo* en el alma las culpas leves, la purifica, la robustece, é introduce en su espíritu todas las virtudes que crecen á medida de la Cruz. Sobre todo, la caridad recibe de la Cruz fuerza y energía, por la cual el alma, nutrida también por la Eucaristía y correspondiendo á la gracia del amable Corazón de Jesús, llega "á la plenitud de la edad de Cristo."[1] Así, pues, de abrazarse con la Cruz proviene la *paz* del corazón, que es también fruto de la mansedumbre y humildad, virtudes predilectas del Corazón de Jesús. De la Cruz brota la *unión íntima* con el Corazón de Cristo; y como los sarmientos se unen á la vid, de la misma manera quedamos unidos en Cristo. Por la Cruz *vivimos la vida* de Cristo, según San Pablo: "Vivo yo, mas no yo, sino que vive Cristo en mí." De esta unión con Cristo y de la vida en el Sagrado Corazón de Jesús, fluye como consecuencia natural aquel *amor sólido* y *puro*, aquella *comunicación* del amante con el Amado, en que el Corazón de Cristo se da todo y se comunica en cuanto puede y según su ordenación divina, y el alma á su vez le comunica también lo que tiene ó posee, enamorada de tan rico Corazón de Jesús. ¡Oh! ¡qué preciosos son los frutos de la Cruz! ¡Cuán fácil es entonces para el alma la correspondencia á la gracia! Porque una alma amante de la Cruz

1 Eph. IV.

tiene fija la mirada en el Corazón de Jesús, para cumplir en todo su voluntad; su comida es hacer la voluntad de Jesús; busca en todo agradar y complacer al Corazón Santísimo de Cristo, según aquellas hermosas palabras del mismo Señor: "Yo siempre hago lo que agrada á mi Padre." En una palabra, se identifica, en cuanto es posible á la criatura, con la voluntad y amor de este Corazón Santísimo. Si oye la voz con que Jesús le habla al alma: "Hijo, dame tu corazón," con generosidad responde con aquellas bellas palabras de San Ignacio de Loyola: "Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, etc." ¡Cuán rico es el dolor! ¡Cuán dulce es la Cruz!

6ª Hasta para el alma que está en pecado mortal sirve el dolor; porque si bien no puede merecer el pecador *de condigno*, con todo, si sufre resignado y con sumisión, dispone á Dios en su favor, atrae sobre sí la mirada de su misericordia y le prepara para recuperar la gracia santificante.

CAPITULO 6º

La incorporación
de los dolores del hombre en el Corazón Sagrado de Jesús
se efectúa por el Espíritu Santo.

Los sufrimientos del hombre ¿no pueden ser sobrenaturales y divinos, sino en virtud de nuestra unión con Jesucristo, como hemos explicado. Pero ¿quién hace que tengamos un eficaz deseo de sufrir por Cristo? ¿Quién comunica á la voluntad humana esta energía divina y esta divina vitalidad para entregarse al sufrimiento? ¿Quién *une* nuestro dolor al del Corazón de Jesús? *El Espíritu Santo.* Sin Él la inteligencia humana yace en las tinieblas, y la voluntad es impotente y sin vida. Los auxilios del Espíritu Santo son, pues, indispensables para que el hombre triunfe de las inclinaciones de su naturaleza corrompida, y con mayor razón para que acepte el sufrimiento con buena voluntad y amor, uniéndolo al Corazón de Jesús.

Siendo el Espíritu Santo el lazo eterno del Padre y del Hijo, y poseyendo en sí una fuerza de unión infinita, es también el lazo que une la Iglesia y cada uno de los fieles á Jesucristo, y los hace participantes

de su vida divina. Por una admirable comunicación, de que sólo El posee el secreto, se *desliza el Espíritu Santo eficazmente en las almas* y *les aplica la Sangre de Jesucristo.* Él las ilumina con su luz, las anima con su aliento, las inflama con sus ardores y las vivifica con la inefable comunicación de su divina vitalidad, cuando coopera más ó menos generosamente el alma á la gracia del mismo divino Espíritu.

Grande es la necesidad de la gracia del Espíritu Santo, para que conozcamos el valor de la Cruz y nuestro sufrimiento sea meritorio. Los Apóstoles, antes de la venida del Espíritu Santo, eran hombres ignorantes y tímidos; hombres que no conocían el valor de las humillaciones y dolores del Corazón de Jesús; en quienes dominaba el espíritu terrestre. Habían oido las *palabras* de Cristo, mas no habían recibido el *Espíritu* de Cristo. Recibieron el Espíritu Santo, y desde luego quedaron trasformados; fueron otros hombres, nuevos, llenos de luz, de vida, de amor. "El Espíritu Santo, á quien enviará el Padre en mi Nombre, os enseñará todas las cosas y os sugerirá todo lo que os dijere."[1]

Explicando San Agustín (Serm. 11, in Fer. II, Pent.) esta sublime doctrina, llama al Espíritu Santo el alma de la Iglesia, y nos dice: "Ved lo que hace el alma en el cuerpo: ella da á todos los miembros la vida y el movimiento; ella ve por los ojos, habla con la lengua, obra con las manos, imprime á cada órgano la acción que le es propia. Lo mismo hace el Espíritu Santo en la Iglesia de Dios y en los Santos, que son sus miembros vivos. En los unos obra los

1 Jo., XIV, 26.

milagros; en los otros enseña la doctrina de la verdad; en estos conserva la pureza virginal; en aquellos la modestia y el pudor. Los miembros de este cuerpo místico tienen cada uno sus operaciones; pero viven unidos por los lazos de la caridad. Tal es la obra del Espíritu Santo. Este divino Espíritu es en el Cuerpo de Jesucristo, que es la Iglesia, lo que es el alma en el cuerpo al cual anima; y lo que hace ésta en todos los miembros de un mismo cuerpo, lo hace el Espíritu Santo en toda la Iglesia."

De lo que acabamos de decir, se colige que para ser Apóstol de la Cruz, es necesario que el Espíritu Santo sea como el *alma del dolor;* es decir, que Él, con su soplo divino, vivifique el dolor, que lo *úna* á los dolores de Cristo, y que *por esta unión* se conviertan nuestros padecimientos en "*padecimientos de Cristo,*" y nuestra alma en un miembro vivo del Corazón de Jesús. Por lo cual, si nuestros dolores no están vivificados y santificados por la gracia del Espíritu Santo, son dolores muertos é inútiles; pero si este divino Espíritu los anima con el soplo vivificante de su caridad, los hace participantes de su virtud divina, los eleva al orden sobrenatural y son meritorios.

Confirman lo dicho las siguientes ideas del elocuente San Juan Crisóstomo: "El Espíritu Santo es la perfección espiritual de nuestra alma, el sol de los ojos de nuestro espíritu, el lazo de nuestra unión con Jesucristo, el dichoso estremecimiento de las almas, la alegría de los corazones; es el consuelo de los que lloran, el reposo del espíritu. Por Él los Profetas son ilustrados, los reyes ungidos con la unción sagrada, los Sacerdotes ordenados, la Iglesia santificada, los

altares consagrados, purificadas las aguas, expulsados los demonios, curadas las almas." "El es, dice San Bernardo, quien da vigor á la vida, y lo que es imposible por naturaleza, se hace fácil por la gracia." "Al que el Espíritu Santo anima con su soplo, arroja á sus pies las cosas de la tierra y no suspira más que por las del cielo y de la eternidad."[1] "Mas así como en un espejo sucio y empañado no se ven las imágenes de los objetos, así el hombre no puede recibir la luz del Espíritu Santo si no arroja de sí el pecado y las aficiones desordenadas."[2]

Por lo que precede, fácilmente se ve por qué en la Obra del Apostolado de la Cruz el Espíritu Santo es el principal Patrono. Se trata de abrazarse con la Cruz, lo cual siempre es repugnante á la carne; se trata de hacerse guerra, de incorporarse en Cristo, de seguir muy de cerca á Jesucristo, de vivir y morir como el Corazón Sagrado de Jesús. Para alcanzar esto, claramente se deja entender la necesidad de una vida sobrenatural, de una energía que no está al alcance de la débil naturaleza; es decir, se necesita la acción del Espíritu Santo.

Invoquen todos los fieles, y de una manera particular los socios del Apostolado de la Cruz, al Espíritu Santo, con mucha frecuencia, para que con su increada luz ilumine á los hombres, y con su eterno amor abrase é inflame nuestros corazones. Luz y Amor, que sean como el móvil de nuestras acciones y nos hagan abrazar la Cruz inevitable que Dios nuestro Señor nos envía.

1 San Pedro Damián.
2 San Basilio.

PARTE 3ª

PRÁCTICA DEL APOSTOLADO DE LA CRUZ

CAPITULO 1º

Reglas generales sobre la práctica del Apostolado de la Cruz.

La práctica esencial del Apostolado de la Cruz es muy fácil, y consiste principalmente en comprometerse con el Sagrado Corazón de Jesús á observar alguno ó algunos de los propósitos que siguen, según sea la persona ó el estado que tiene, ó la perfección á que ha llegado ó quiere subir. A nadie se excluye; al contrario, se hace un llamamiento á todas las almas para que secunden de alguna manera el Apostolado de la Cruz. En los propósitos siguientes ú otros semejantes que se pueden hacer, se invita á todos, desde los más pecadores hasta las almas más perfectas; de suerte que si alguno rechaza hasta los dos primeros, no es ni puede ser buen cris-